

Majestad,
Sr. Ministro de XXX,
Sr. Presidente de Patrimonio Nacional,
Sra. D^a. María Victoria Atencia,
Autoridades, miembros del jurado del premio Reina Sofía de poesía
iberoamericana,
Queridos amigos de la Universidad de Salamanca,
Señoras y señores:

Son ya veintitrés años de premios “Reina Sofía de Poesía Iberoamericana”. Veintitrés grandes obras que frisan la poética de Iberoamérica, veintidós poetas premiados que han recibido de vuestra mano, Señora, el más alto galardón de la lírica en lengua española y portuguesa, como va a recibirlo ahora nuestra admirada María Victoria Atencia. Nunca habéis faltado a esta cita, y la Universidad de Salamanca os está profundamente agradecida de que sigáis estando con nosotros en este nuevo periodo, que os ruego, Majestad, me permitáis calificar como de Reina Emérita.

Querida D^a María Victoria, de cuanto he leído de su obra, o acerca de ella me han llamado muy especialmente la atención las siguientes líneas:

...me voy adentrando en el poema a partir de una reflexión -si puede llamarse así- que frecuentemente irá a parar a los versos finales, y que de una taza no me importan su asa o su cuenco sino el vacío que la colma y al que debe su condición de taza...¹

La expresión “el vacío que la colma” me trajo a la mente aquella idea de Oteiza de las cajas metafísicas, unas esculturas que no pretenden ocupar un lugar en el espacio, sino ser desocupación del espacio, no ser un bloque

¹ *El oro de los tigres*. (Málaga, 2009) p. 19.

frente a su exterior sino definir un espacio vacío en su interior, como la taza de nuestro texto. Así que ese vacío no forma parte de la taza o de la escultura pero, como dice María Victoria, es *“al que debe su condición de taza”*. Y ese algo que, no siendo taza, es en el fondo su sentido nos trae inevitablemente a la cabeza la afirmación de Wittgenstein: *“El sentido del mundo tiene que residir fuera de él”*².

Nuestra condición humana tiene mucho que ver con ese vacío, con la percepción de ese vacío, con la sensación de vértigo y con una tentativa imposible por llenarlo. Decía Kant que:

*La razón humana tiene el destino singular, en uno de sus campos de conocimiento, de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a las que tampoco puede responder por sobrepasar todas sus facultades.*³

Quizá la única tarea que merece realmente el calificativo de humana sea precisamente el propósito, imposible de satisfacer, de sustituir ese vacío por un sentido, o quizá, de llenar de sentido ese vacío. Durante siglos continuamos intentándolo con una mezcla que en cada uno de nosotros varía su proporción entre el conocimiento científico, la ética, la religión y la estética, y así y aquí seguimos persiguiendo estrellas como ese ciprés de Silos

*Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño*⁴.

Y tomando nuevo impulso, esto arrastraba de nuevo mi pensamiento hacia aquella leyenda acerca de Agustín de Hipona, según la cual San Agustín paseaba un día por la playa reflexionado sobre el misterio de la Santísima Trinidad. De pronto se dio cuenta de que había un niño en la playa llenando con una concha un pequeño pozo. Preguntó al niño qué hacía y este le

² Ludwig Wittgenstein *Tractatus Logico-Philosophicus* 6.41

³ Immanuel Kant *Crítica de la razón pura*. Prólogo de la primera edición A VII

⁴ Gerardo Diego, “El ciprés de Silos”.

respondió que planeaba pasar todo el agua del mar a su pozo. Según la leyenda, San Agustín se rio y dijo al niño que aquello era imposible, y el niño - según se dice, encarnación de un ángel- le respondió que mucho más imposible era que él alcanzase a comprender lo que estaba ocupando su mente.

El descubrimiento de Victoria es, no sólo que efectivamente el mar cabía en ese pequeño pozo, sino que además ella ha logrado introducirlo. Fíjense cuantos desvaríos puede María Victoria desencadenar con unas pocas líneas y aún así con absoluto desparpajo dice de sí misma: “...suelo ocuparme de temas muy leves...” aunque luego cede a la sinceridad y reconoce “...o aparentemente muy leves...”⁵.

Todo esto de que les hablo, tan alejado de las experiencias comunes, encuentra sin embargo en su poesía un lazo con lo cotidiano, con sus vivencias y las de otras muchas mujeres. Cotidiano aunque extraordinario como experiencia. Su poema *La Apuesta*⁶ dice así:

*Quando súbitamente te abandonen las formas,
se colme de vacío tu plenitud de hueco
y sientas su propuesta de abandono acecharte,
apuesta por la vida y añade a su grandeza
la levedad, al menos, de un junquillo de marzo.*

La misma imagen del vacío colmado liga la maternidad a la necesidad más trascendente de la búsqueda de sentido. Esos temas leves, esos sentimientos cotidianos son los que en María Victoria constituyen un enlace entre la parte y el todo o entre lo pequeño y lo grande. Supongo que sus años de piloto y el hábito de ver desde lo alto la habrán convencido de la relatividad de esas adjetivaciones *pequeño* y *grande*.

El avance de la genética nos ha revelado que en una sola célula está, en cierto modo, el individuo entero. Eso nos facilita un ejemplo desde el que

⁵ *El oro de los tigres*. (Málaga, 2009) p. 19.

⁶ *Las contemplaciones* (Barcelona, 1997), p. 37.

comprender cómo María Victoria logró colocar el mar en su pozo, cómo difumina la distancia entre lo pequeño y lo grande, entre lo grave y lo leve porque ella reivindica como lección esencial de San Juan de la Cruz ese pensamiento paradójico que se manifiesta en esos *“Versillos del monte de perfección”* que dicen por ejemplo:

*Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.*

Y hablando de San Juan de la Cruz y de que una sola célula contiene al individuo entero, quiero recordar ahora uno de los primeros poemas de nuestra premiada. No sabría explicarlo, no podría hablar de cuestiones estilísticas o formales, ni dar ningún argumento crítico; pero siento en él dos huellas: un profundo latido de su querido San Juan de la Cruz y que en este poema, como en un gen, está prefigurado mucho de lo que ha sido su poesía posterior:

EL MONTE⁷

Señor:

Para verte más cerca necesitaba el monte.

*Allí tu casa estaba tan natural, tan sin
nada viejo estorbado que hasta el sol se cuidaba
de limpiarles las hojas a cardos y eucaliptos.*

Nunca olió sitio alguno a tanta pura gloria.

El campo te sabía más suyo en la mañana.

*Tú pasabas, vivías, dabas forma y color
a las cosas, y nombre.*

Abrir los ojos era del todo necesario:

*reconocerte en tallo y descolgada piedra;
decirte, con antiguas palabras que conoces,
el pan nuestro sencillo;*

⁷ *Arte y parte* (Madrid, 1961), p. 11-12.

*cantarte en las subientes veredas festoneadas
de una onda en que vuelan los pequeños gorriones;
por hormiga en racimo y voz en la distancia
y nubes que figuran la verdad de tu rostro.
Esperaba el invierno para decirte fuego;
en cambio, en primavera te hablaba de tus plantas
como si yo tuviera en crear arte y parte
y fundido en mi grano llevara tu secreto.
Te decía de sueños primeros, de palabras.
Te amaba mientras iba acumulando flores
con el solo pretexto de ordenar otros vasos.
¿Quién hubiera podido señalar por entonces
cualquier color distinto a tus verdes o azules?
Así otoños siguieron cayendo muy despacio,
alargando distancias:
la tierra ya tan solo motivo en el recuerdo.
Al fondo, las señales de la primer simiente
que hacía arriba levanta, como quien dice ángeles,
lo bello por suceso.*

Dicen los músicos que entre lo más difícil de escribir en una partitura están los silencios, de nuevo el vacío como horizonte de contraste, la ausencia que le da sentido. Esto me recuerda una frase de María Victoria: *“He dicho alguna vez que, en poesía lo heroico es borrar. Incluso de la memoria.”*⁸ Hace algunos años tuve el atrevimiento de garantizarle a su amigo Francisco Brines que tiene ganada la inmortalidad - comprenderá que ser compañeros de claustro de San Juan de la Cruz hace que nos tomemos ciertas libertades - . Creo hoy poder asegurar que su finura y su acierto al borrar, incluso de la memoria, le procurarán en lo venidero un lugar en la de todos.

⁸ *El oro de los tigres.* (Málaga, 2009) p. 19.

Muchas gracias.